

siquiera proponerse que aquella luz se transfigurase en crónica. Lo único que se proponían aquellos artistas que no sabían que lo eran era ganarse la vida, embolsarse unos dineros que les permitieran seguir viviendo. Y en esta práctica *inocente e interesada* del arte como *oficio*, en este «antimalditudismo», antirromanticismo artístico, veo yo la premisa esencial de todo gran arte, y me viene a la memoria uno de los ejemplos más altos y más puros del arte como oficio: Juan Sebastián Bach, verdadero artesano (para sí) antes que artista en el sentido romántico-burgués de la palabra.

Rinde López Mondéjar el necesario y justo homenaje a fotógrafos extranjeros como Laurent y Clifford, recogiendo algunas de las fotografías que realizaron en La Mancha. El «Retrato de pastor», de Laurent, posee un soplo cartier-bressoniano, un hálito de «instantánea», que habla elocuentemente de la visión no-pictorialista, auténticamente fotográfica, de la que Laurent era capaz. Otro tanto cabe decir de la impresionante «Fabricantes de jaulas en la calle de las Cadenas», de Casiano Alguacil, composición de una riqueza plástica poderosísima. Y qué decir del «Mielero de la Alcarria», de Palacios, de un lirismo digno del primer Kertész; del «Baile de la matazón», de Julián Collado, que a no dudarlo Cartier-Bresson habría firmado con orgullo; o de las «Señoritas de “El Alto de la Villa”», de Luis Escobar; sus «Artistas del Gran Circo Cortés», o los «Toreros en el patio del Hotel Regina», de Sánchez de León, sin olvidar espléndidas fotografías anónimas como la del «Ciego “Carrañaca”, cantor de coplas», «Molinos y tinajas», «La familia de don Carlos Muro se dispone a comer» o la de los podadores que brindan antes de irse a podar, todas ellas dignas de haber salido de la cámara del genial August Sander.

Reproduce López Mondéjar el texto de un anuncio que el fotógrafo Pedroso y Leal, especializado hacia los años sesenta del pasado siglo en retratos y vistas formato «carte-de-visite», insertara en la revista *El Tajo* y en el que, tras ponderar y enumerar las excelencias y ventajas de las labores fotográficas realizadas en su gabinete, concluye así: «(...) y fotografías simpático-diabólicas con la explicación del modo de hacerlas aparecer». Como tantas veces sucede en tantas cosas de la vida, detrás de una frase o un hecho banal se esconde una extraña iluminación. En efecto, hay algo de simpático y de diabólico en el arte de fotografiar en general, y muy en particular en la exquisita recopilación manchega de López Mondéjar. La simpatía es diabólica por antonomasia, es la antimística, es la negación de Dios. El místico se excluye, huye del mundo para encontrar la Vida Eterna, para encontrar a Dios y unirse a El. Nada más ajeno a la simpatía —y la fotografía es, antes que cualquier otra cosa, simpatía, solidaridad espontánea y activa con el mundo de las cosas, con el mundo fenoménico, al que jamás está interesada en preguntar por su presunta mismidad *en sí*—; nada, repito, más ajeno a la simpatía que la religiosidad, cuyo núcleo esencial radica en dar la espalda al mundo, al «siglo», negándolos en aras de alcanzar aquello que, según pretende, se halla «más allá» de las apariencias.

Sí, es el Demonio mismo, sin duda, quien abrió con sus pérfidas pezuñas los obturadores de aquellas cámaras que surcaron La Mancha con diabólica simpatía hacia los de abajo, hacia aquellas míseras y apaleadas gentes del pueblo llano, llano como la luminosa llanura manchega. Fue el mismísimo Lucifer en persona quien llevó el objetivo anónimo que tuvo la simpatía de grabar en la placa el «Desnudo con

crucifijo», o el de Escobar en sus «Artistas del Gran Circo Cortés» y «Las señoritas del “Alto de la Villa”», ante aquellos seres sin ser, aquellos antinómenos, puras contingencias, diabólicas apariencias que sólo la simpatía humana es capaz de *ver*, que sólo la demoníaca gracia de la cámara fotográfica es capaz de dotar de un estatuto ontológico tan gloriosamente precario y evanescente, tan fantasmal y al mismo tiempo tan conmovedor como el de una melodía.

Con su emocionada y emocionante, con su sensible y sabia recopilación y rescate de la obra fotográfica anónima y autoral en La Mancha de los años 1855 a 1936 (gran parte de la cual, como advierte el autor de *Crónica de la luz*, se ha perdido por culpa de la desidia de los responsables culturales del Estado y por culpa, también, de la desidia de algunos de los herederos de los artistas de la cámara —se estremece uno al leer que un pozo negro fuera cegado con los negativos de un pariente fotógrafo—), Publio López Mondéjar, periodista, fotógrafo, autor del libro *Poesía de la negritud*, y enamorado de su país natal, nos regala con una obra que instruye deleitando, sin que en el deleite de tal instrucción falte la tristeza y el horror, como tampoco la alegría y la fe en el hombre y en la vida.

Libro de ricos valores históricos, sociológicos, antropológicos y políticos (por mucho menos han nombrado a algunos «doctor honoris causa», aunque no son precisamente esta clase de honores académicos los que, desde mi gratitud de lector, desearía nunca a López Mondéjar), *Crónica de la luz* es una obra imprescindible para todo aquel que siente *simpatía* —es decir, diabólica solidaridad— si acaso no hacia la técnica y el arte de fotografiar, puede que, al menos, hacia la luz y el raro y entrañable esplendor contingente y anómico de sus criaturas, engendradas y alumbradas por la gracia de su venérea cópula con el cristal demoníaco de la cámara oscura.

Memoria de Alfonso

Bajo el título de «Memoria de Madrid», se ha celebrado en el Palacio de Exposiciones y Congresos de Madrid una amplia muestra de la obra fotográfica de Alfonso Sánchez Portela.

Los notables avances que en los últimos dos decenios ha experimentado la técnica fotográfica, sobre todo en lo que se refiere a las facilidades que la óptica y el procesado de las emulsiones proporcionan a la hora de tomar instantáneas, ha venido a allanar el camino para un reporterismo efectista y superficial, tópicamente espectacular, falto de imaginación prefigurativa; un reporterismo que se hace siervo del guiño connivencial de cara a una pseudorrealidad mediatizada, codificada y prefabricada en y por un mundo en el que la «imagen» predomina de forma tan interesada como espúrea.

La reciente exposición «Fotopress», instalada en el recinto del Centro Cultural de la Villa de Madrid, es buena prueba de lo antedicho, y su abrumadora inanidad artística la haría indigna de mención si no fuera porque su mera existencia sirve de esclarecedor contrapunto o contrafigura de lo que es el gran reporterismo fotográfico, de cuyo esplendor y profundidad esta rica colección de obras de Alfonso ofrece una gozosa y abrumadora demostración.

No es que Alfonso haya desdeñado el empleo de técnicas y materiales avanzados